



44603

Rosas, espinas y corazones sin hielo

Sus cabellos dorados resplandecían al sol y su mirada era intensa, unos ojos de hielo que atravesaban el alma. Iba caminando lentamente, controlando cada movimiento con una elegancia peligrosa. Álvaro se sintió helado, incapaz de continuar andando. Ella se detuvo, alzando la vista para encontrarse con el iris de obsidiana de Álvaro. Así, dos figuras se hallaban paradas en medio de la gente, ajena al encuentro incómodamente tenso de Álvaro y aquella aparente desconocida. El chico frunció el ceño, tratando de buscar en su memoria la identidad de la majestuosa y gélida joven.

Marlene sonrió, las comisuras de sus labios rosados inclinándose de forma que imitasen los de la sonrisa de los payasos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Álvaro, quien tomó nota mental de deshacerse de la mascarilla que estaba llevando, igual a la mueca de la villana. “Marlene” pensó Álvaro. Un ángel endemoniado, un alma cubierta de escarcha. El terror se adueñó de él, ¿en qué momento sus cómics habían cobrado vida? A medida que Marlene avanzaba lentamente, el nudo en el estómago de Álvaro se revolvía desbocado. Su respiración se tornó agitada, pues sabía que no tenía escapatoria. Marlene había venido a acabar con él, y no habría superhéroe para salvarle. Álvaro dio media vuelta y empezó a correr, chocándose con la avalancha de individuos que caminaban sin rumbo fijo. Abriéndose paso entre la gente, tuvo que detenerse a tomar el aire. De entre la multitud, surgió una vez más aquel ángel con corazón de hielo. Nada podía empeorar, iba a morir allí mismo, invisible a los ojos de aquella gente adulta que no comprendía la fantasía.


Sus días como batería de “La hermandad” habían acabado.

De repente, se vio rodeado por múltiples Marlenes, que le miraban cada una con la misma mueca de payaso y unos ojos como el cristal, sin pupila, que emanaban odio y rencor. Iban acorralándolo cada vez más. Cada una, alzó un carámbano de hielo apuntando a su pecho, cual vampiro frente a una estaca. El cuerpo de Álvaro temblaba incontrolado y las lágrimas amenazaban con salir, más fuertes que nunca. El agobio era inaguantable.

Cuando cerró los ojos imaginó durante una milésima de segundo cómo hubiese sido su vida si no se hubiese cruzado con la muerte, con aquella criatura preciosamente letal que llevaba persiguiéndole un par de años.

Cuando los abrió, parpadeó varias veces. Una luz blanca y cegadora iluminaba una sala. Una sala de hospital. Confundido, pensó cómo había escapado de aquella encrucijada. Y recordó con tristeza la decisión de los médicos, la realidad golpeándole sin piedad.

“Álvaro, me temo que tendremos que internarte en un psiquiátrico, tus episodios de alucinaciones son cada vez más frecuentes y no podemos permitir que confundas la realidad poniendo en peligro a inocentes”. Así fue como acabó en la clínica “Las Rosas” rodeado de seres locos de verdad. Porque él no estaba enfermo. Llevaba meses encerrado en aquella prisión sin poder ver el mundo. Le habían arrebatado todo lo que tenía, llevándose también parte de su infancia y su esencia. Álvaro no era Álvaro del todo, el hecho de convivir con dementes había conseguido que estuviese a punto de traspasar las barreras de la cordura.



Pero lo que Álvaro no notaba era que aquella barrera ya había sido derribada hacía tiempo y eso Marlene lo sabía. En el momento en el que el coche se estrelló contra el camión, Marlene supo que la vida de Álvaro sin su hermana daría un vuelco y poco a poco él mismo se iría hundiendo bajo su imaginación.

Cuando Álvaro se paseaba por los rosales, observando el color vivo de las flores e inhalando el aroma, se comparaba a sí mismo con una de esas rosas. Él veía que era una flor, pero el resto del mundo solo se detenía en las espinas. Espinas que los médicos denominaban como brotes de esquizofrenia.

Su hermana Marlene le observaba con tristeza, y a veces decidía acercarse para hacerle compañía pero él huía despavorido. Lo que él veía era a la villana de sus cómics, una chica rubia y malvada. Cuando Marlene murió, él se refugió en su mente y se resintió con su hermana por haberle abandonado. Así surgió la Marlene de sus cómics. La que destruía felicidad. Pero en verdad estaba cara a cara con el espíritu de su hermana muerta, que solo quería abrazarle y decirle que todo se iba a arreglar. En el fondo, Marlene pensaba que el mundo solo se fija en las espinas ignorando la flor que habita en sus corazones. Corazones sin hielo.